

MI AMADO EXTRAÑO

Patricia Potter



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Beloved Stranger
Traducción: Purificación Meseguer Cutillas

- © 2006 Patricia Potter. Reservados todos los derechos.
- © 2010 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2010 por la traducción Purificación Meseguer Cutillas. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Febrero 2010

ISBN: 978-84-92688-93-7

Depósito Legal: M-1735-2010

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

Valery
www.valery.es

Editorial ViaMagna
Gran Vía de Carlos III, 84
Entresuelo 3ª
Barcelona, 08028
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

«Patricia Potter tiene un don especial».

—Affaire de Coeur

«Una narradora maestra».

—Mary Jo Putney

«Pat Potter demuestra poseer un don especial como escritora y como artesana, al crear una elegante estructura de fuertes personajes cuyo ingenio e intelecto cautivarán al lector al mismo tiempo que sus aventuras le entretienen».

—BookPage

«Patricia Potter tiene un don especial para ofrecerle al lector una historia romántica de primera clase».

—Affaire de Coeur

«Cuando un romance histórico posee el tratamiento de Potter, el argumento es pura acción y emoción, y los personajes, maravillosos».

—BookBrowser.

*Me gustaría darle las gracias
a Carolyn McSparren, a Phyllis Appleby,
a Kenlyn Spence y a Barbara Christopher
por todo su apoyo, sus consejos
(a veces duros pero siempre valiosos)
y, sobre todo, por su amistad.
Os quiero a todos.*

PRÓLOGO

Flodden Field, Inglaterra
9 de septiembre de 1513

Lo que prometía convertirse en un acto de redención se había convertido en un descenso al infierno.

Lachlan Maclean avanzó con su caballo hasta colocarse detrás de su señor, el rey Jacobo IV de Escocia, y observó el desastre que se extendía ante sus ojos.

«Redención».

Aquella batalla, aquella invasión a Inglaterra por parte del rey Jacobo, iba a suponer la última redención de Lachlan, el acto que iba a enmendar de alguna manera el hecho de haber sido responsable de la muerte de su padre unos años atrás. Había conducido a los Maclean a la batalla con la esperanza de evitar que su hermano mayor compartiera el mismo destino que su padre.

Nunca había logrado borrar de su mente la mirada en la cara de su padre al morir. Lachlan se responsabilizaba de la muerte de su progenitor porque había preferido el sacerdocio a la guerra y no había sido capaz de levantar su espada para luchar contra los Campbell. A pesar del entrenamiento recibido desde una infancia bien temprana, se había quedado paralizado, y su padre había dado su vida para protegerle.

PATRICIA POTTER

Su clan le había considerado un cobarde.

Se preguntaba incluso si en aquel momento podría ser capaz de arrebatarse la vida a alguien, si se quedaría paralizado de nuevo...

El cañón rugió otra vez, y la escena que tenían debajo fue peor que cualquier visión del inframundo. Los caballos gritaban a medida que se desplomaban en el suelo y sus relinchos se mezclaban con gritos más guturales que procedían de los hombres heridos o moribundos. Un humo acre que le abrasaba los pulmones había teñido de oscuro la neblina de la tarde, y su fragancia amarga se mezclaba con el olor nauseabundo y dulce de la sangre.

Lo que sucedía ante ellos era el caos total. Y un desastre que nunca debería haber tenido lugar. El mejor de los cañones ingleses no podría destrozar el cañón escocés, así que abrieron fuego contra la hilera de escoceses que portaban las picas y que estaban a la espera de atacar. Héctor, el segundo en jefe de Lachlan, y un hombre tan allegado a él como su propio padre, iba a pie con los piqueros.

Lachlan intercambió miradas sombrías con Jamie Campbell, que también acompañaba al rey. En los últimos dos años, Jamie se había convertido en su mejor amigo y ambos habían visitado muy a menudo la corte del rey Jacobo. En aquel momento, Jamie conducía su contingente de leales Campbell, mientras que Lachlan dirigía a los Maclean.

La sonrisa arrogante de Jamie se había desvanecido. Hasta hacía una hora, sus ojos habían brillado por la expectación. Había dejado atrás a su bonita esposa, pero era un hombre al que le atraía la aventura. Ahora la aventura se había convertido en una pesadilla.

Todos habían dado por hecho que la batalla estaba ganada. Los escoceses tenían una posición de ventaja. Eran más numerosos. Obligarían a los ingleses a acercarse a ellos desde abajo. En un determinado momento, los edecanes le habían dicho a Jacobo que debería atacar a los ingleses mientras se acopiaban en desorden detrás de ellos.

—Eso no sería honorable —le había dicho Jacobo. Y esperaron.

Habían esperado demasiado tiempo.

En nombre del honor, Jacobo había sido rodeado, y la posición de ventaja que una vez habían tenido se desvaneció por completo.

El honor siempre supone un precio, y en aquella ocasión Lachlan se preguntaba si merecía la pena o no.

Aun así, aguardó al lado de su jefe. Su estado de ánimo decaía a medida que los ingleses abrían fuego con su cañón con una precisión a la que los escoceses no podían hacer frente.

Un mensajero se acercó a galope y se dirigió hacia Jacobo para entregarle un mensaje. El rey frunció el ceño mientras lo leía, después habló a los hombres que se agolpaban a su alrededor.

—Lord Home ha desobedecido las órdenes y está bajando la colina para dirigirse hacia los ingleses.

Lachlan sabía lo que aquello significaba. El rey Jacobo y lord Home eran amigos íntimos. Para evitar la muerte de su amigo, Jacobo también renunciaría a su posición de superioridad e iría a atacar al enemigo.

—¡Por Escocia! —rugió Jacobo, y se apresuró a descender la colina.

A Lachlan le dio un vuelco el corazón. Sabía que la armada principal se encontraba todavía arriba. Jacobo les estaba dejando sin líder alguno.

Jamie y él siguieron a Jacobo mientras este cargaba bajando la colina. Alentado por la imagen de su rey, luchando como un hombre poseído, Lachlan acució a su caballo para avanzar hacia Jacobo. Una bola de cañón explotó justo delante de él, y su caballo esquivó el lugar de la colisión en el momento en el que el olor de la muerte y la sangre se hacía más denso, y el nivel de ruido más ensordecedor.

«¿Qué estoy haciendo aquí?

PATRICIA POTTER

Es mejor que sea yo y no mi hermano, su mujer y su bebé».

Con aquel pensamiento en mente, cabalgó al lado de Jamie y de su rey. Honor. El honor y el deber eran lo que importaba. Ya había fracasado una vez. No estaba dispuesto a hacerlo de nuevo.

Los jinetes se encontraron con el enemigo. Lachlan levantó su pica hacia los ingleses. La sacudida resonó por todo su cuerpo cuando golpeó el escudo del hombre y se lo arrancó. Volvió a blandir de nuevo la pica, y esta vez el arma atravesó el cuerpo del hombre. Había aprendido a matar. Y a hacerlo bien. Había detestado cada segundo de su entrenamiento.

Ahora recibía con placer aquellas habilidades que tanto le había costado aprender. «Ataca, retira el arma, vuelve a atacar».

—Ingleses —gritó uno de sus compañeros—. Acercándose por la retaguardia.

Él se dio la vuelta. Jinetes ingleses se dirigían hacia ellos desde el sur.

—Hacia vuestro rey —rugió Jacobo.

Lachlan se abrió camino hasta colocarse al lado de su rey. Después fue rodeado, y le arrebataron la pica. Tendió la mano para coger la espada. Ahora estaba luchando por su rey, por su honor, por Escocia, y sí, por su vida. Masas de hombres a caballo y a pie les rodeaban.

Buscó a Jamie Campbell y le divisó tendido en el suelo, aplastado por hombres que iban a pie. Empezó la marcha hacia él cuando escuchó un grito angustiados.

—¡El rey ha caído!

Antes de que Lachlan pudiera darse la vuelta, el dolor le atravesó la pierna y una lanza golpeó su armadura. Su caballo lanzó un relincho y cayó sobre sus rodillas.

Intentó saltar para escapar a tiempo, pero ya no lo quedaban fuerzas. Su caballo, un animal que él mismo había

criado desde potro, se desplomó sobre una de sus rodillas y Lachlan se quedó tumbado allí, impotente, al lado de su rey. Una vez que terminaron de hundir las espadas en el cuerpo de Jacobo, los ingleses se dieron la vuelta hacia él.

Pensó que el honor no era todo lo que decían que era, antes de sucumbir a la inconsciencia.

CAPÍTULO 1

Flodden Field, Inglaterra
9 de septiembre de 1513

Kimbra Charlton se armó de determinación para acompañar a las mujeres que peinaban los campos de muertos. Ataviada con su vestido de luto, se acurrucaba contra un lateral de la carreta tirada por potros en la que viajaba junto a otras mujeres que iban hasta allí para robar.

Cedric Charlton, el primo de su marido, había cabalgado hasta su cabaña unas horas antes para anunciar que decenas de miles de hombres, escoceses e ingleses por igual, yacían muertos en Flodden Field. Debían darse prisa para llegar antes que otras familias de ladrones si querían hacerse con lo mejor que se podía recoger en un campo de batalla.

Los Charlton habían sido convocados para luchar contra los ingleses, pero Cedric no presentaba heridas ni sangre en su túnica. Ella sospechaba que Cedric y la mayoría de los ladrones habían abandonado el campo antes de que comenzara el enfrentamiento, y lo habían hecho para regresar y robar a los muertos y a los moribundos que quedaran después de haberse librado la batalla.

Se concentró en el chirrido de las ruedas y se esforzó por no toser ante el humo acre que se volvía más denso por momentos, con cada giro de las ruedas. Se alejó un poco de las

PATRICIA POTTER

otras mujeres que hablaban con emoción acerca de lo que podrían encontrar en el campo. Ella no compartía aquella sensación de expectación.

¿Podría caer más bajo?

En lugar de pensar en ello, prefirió recordar tiempos mejores, cuando cabalgaba con su marido, Wild Will Charlton, en los asaltos que se hacían a lo largo de la frontera. Era muy extraño ver a una mujer cabalgando con ladrones, pero Will había sido un hombre poco corriente. Era un verdadero ladrón y se había sorprendido ante lo que él consideraba la naturaleza aventurera de su mujer, por lo que había acabado cediendo a sus súplicas y le había enseñado cómo cabalgar al mismo tiempo que apuntaba con su flecha.

Él nunca había sido consciente del miedo que ella sentía, de la atormentadora idea de que algún día quizá debería correr para salvar la vida, tal y como le había pasado a su madre hacía muchos años. Ella nunca había demostrado el miedo que su madre le había inculcado.

Si lo hubiera hecho, puede que él no se hubiera casado nunca con ella.

Aunque había aprendido a disfrutar de los asaltos, de la libertad de sus actos, para ella no era el tipo de diversión que significaba para otros. Había robado alguna baratija de aquí y de allí y después las había escondido. Era algo que su madre le había enseñado a hacer.

En los dos años que habían pasado desde la muerte de Will, se había visto obligada a venderlas para mantener a su hija, y a sí misma.

Se acordó de su primer asalto. Le había pedido a Will que la llevara con él, pero él se había limitado a reírse a carcajadas de lo que consideraba un «capricho»; justo como había hecho con su sueño acerca de aprender a leer. Pero entonces, una noche, ella decidió disfrazarse de hombre y mezclarse con el grupo de ladrones que acompañaban a su marido. Al final del saqueo, ella había conseguido robar a Magnus, uno de los

MI AMADO EXTRAÑO

caballos más elegantes que podían encontrarse a uno y otro lado de la frontera. Will había dicho que ella era la mejor del grupo y entre carcajadas había desafiado a sus amigos a no acompañarle en futuros asaltos.

Pero la maternidad había puesto fin a todas aquellas aventuras.

Una sensación de pérdida la golpeó cuando se acordó de su esposo. Alto, hermoso y fuerte, Will siempre esbozaba su sonrisa despreocupada y poseía un gran sentido del humor que hacía que toda una habitación estallara a carcajadas. Había amado a su hija, incluso aunque su deseo siempre hubiera sido tener un varón. La había observado vestida con ropa de hombre, con una gran sonrisa en la cara.

—Nadie más podrá tener nunca una mujer como tú —le había dicho.

Y ella le complacía. Admiraba a su marido, que estaba entre los más audaces de los ladrones fronterizos y que la había elegido para ser su esposa, a ella, una mujer sin dote y con un pasado incierto. Siempre había luchado por ella, y ahora ella lo haría por la hija que tenían en común.

Los asaltos eran el negocio familiar de los Charlton. Habían robado a sus vecinos ingleses así como a los escoceses que había al otro lado de la frontera. Los Charlton habían sido ladrones durante un siglo, o más, y lo consideraban una profesión respetable. Y también una que aportaba magníficos beneficios. Robar ganado. Hacerse con rehenes para pedir después un rescate. Cada uno se llevaba su parte, y en muy raras ocasiones alguien era asesinado. En realidad, incluso cuando escoceses e ingleses se encontraban en la batalla cerca de la frontera, se decía que los habitantes de allí a menudo protegían a los mismos vecinos a los que habían robado semanas antes.

Pero uno de aquellos asaltos salió mal. Will fue alcanzado por una flecha. La herida, a pesar de las curas que ella había hecho, se había infectado. Nunca podría dejar de cul-

PATRICIA POTTER

parse por lo sucedido. Ojalá hubiera hecho más... o hubiera sabido más. Aquellos días terribles estaban grabados en su mente y le quemaban como una marca de hierro...

Aquella noche habían sido cincuenta asaltantes. Habían oído hablar de un gran caballo negro, un árabe pura sangre, y habían atacado una propiedad Armstrong para hacerse con él. Ella no iba a caballo aquella noche, se había quedado en casa con su hija, que estaba enferma. Había ayudado a Will a ponerse su habitual ropa: una túnica de cuero, un jubón de fustán y unas medias negras. También le había colocado su casco de hierro sobre su negro cabello.

Había estado con él allí, en espíritu, sabiendo exactamente el momento en el que cruzarían el Bewcastle Waste, una zona salvaje de colinas y páramos. Sus caballos, unas criaturas pequeñas, rápidas y fuertes, eran de color negro y gris y habían sido elegidos para camuflarse en la oscuridad.

Ella había esperado despierta mientras la noche avanzaba lentamente y llegaba el amanecer, cuando el miedo comenzó a apoderarse de ella. Era mediodía cuando los ladrones regresaron y Will se tambaleó al bajar del caballo. La sangre cubría sus medias.

—No es nada —le había dicho, y accedió solo el tiempo suficiente para que ella pudiera curar la herida. Pero había sido demasiado tarde. El veneno se había extendido, y a pesar de todas sus hierbas y todos sus emplastos, él murió tres días después de sufrir una agonía que obviamente había intentado ocultarle.

Una sacudida de la carreta la hizo volver a la realidad. Ahora podía oler la fragancia de la sangre mientras se acercaban al lugar de la batalla. Un silencio espeluznante se había establecido sobre el campo. Solo podía oír el chirrido de las ruedas y el susurro ocasional de los hombres que cabalgaban justo delante de ellas. No había sonido alguno que procediera de los pájaros nocturnos, ni crujidos de animales que se apresuraran a devorar a los hombres.

MI AMADO EXTRAÑO

Que Dios la perdonara por lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía otra elección.

Ya no le permitían unirse a los ladrones. Ya no podía participar en los botines. Cultivaba hierbas (una cualidad que su madre había conocido y había utilizado como sirvienta) y verduras en su jardín. Había plantado un campo de avena, pero la mitad del terreno fue a parar a los Charlton y ella no tuvo el dinero suficiente para comprar las semillas del año siguiente. Si había una helada temprana podía perder todas las hierbas.

Desde la muerte de Will había luchado por quedarse con su pequeña casa de campo y con Magnus, el caballo que había robado. El caballo de su Will había muerto un año antes de la muerte de su marido, y había llevado a Magnus en su lugar. Ahora Audra y Magnus eran todo lo que Will le había dejado, y tenía que luchar para protegerlos a los dos.

Aun así le horrorizaba aquella noche. Una cosa era asaltar. Aquello estaba considerado como una forma de vida en la frontera. Pero robarle a los muertos era otra cosa completamente diferente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«Puedo hacerlo por Audra.

Puedo robar a los muertos e ir al infierno por ello. Por Audra».

Flodden Field. Había estado escuchando el rugido de los cañones toda la noche. Había olido el humo que se mezclaba con la ligera neblina, volviéndola sucia, pegajosa y densa. Llevaba su vestido de luto por dos razones: para camuflarse en la noche y para guardar el luto de la pérdida de parte de sí misma.

La carreta continuaba tambaleándose por el camino, después sobre el campo. Llevaba horas viajar de aquella manera, cuando un caballo podría tardar la cuarta parte del tiempo. Anhelaba montar a Magnus, pero el animal (así como la casa de campo) era motivo de graves conflictos entre ella y

PATRICIA POTTER

la familia de Will, y no iba a arriesgarse a pasearse con él delante de todos los Charlton.

Era mujer y se lo recordaban con suficiente facilidad. Le recordaban que no merecía poseer un caballo como aquel, incluso aunque hubiera sido ella la persona que lo había robado. Bajo la ley inglesa pertenecía a Will. Y según la familia de su marido, tampoco merecía quedarse sola con su hija en una casa tan codiciada. No era una Charlton por nacimiento. Todo debía ir a parar a un verdadero Charlton que pudiera cultivar la tierra.

Su única opción era el matrimonio. Los Charlton le metían prisa para que eligiera entre los solteros de la familia, pero todos le causaban repulsión, particularmente Cedric, el primo de Will, que siempre la devoraba con ojos ávidos. Aunque se temía que Cedric fuera la elección de Thomas Charlton. Y los deseos de Thomas Charlton eran los que se obedecían entre los Charlton.

Antes cogería a Audra y huiría de allí.

Pero ¿adónde iría?

No tenía familia de su parte. Su madre, que llevaba muerta diez años, era hija de un médico y fue violada por un noble. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, amenazó con contarle todo al magistrado, pero el noble se rió de ella y le aseguró que nadie creería sus palabras. Al día siguiente prendieron fuego a su casa, con su padre dentro. Ella estaba en el bosque recogiendo champiñones con su sirvienta, si no también habría ardido dentro. Habían visto las llamas y habían ido corriendo hasta la casa, a tiempo de ver al noble en su caballo, observando cómo ardía la casa.

Las dos mujeres habían huido a la frontera para refugiarse con la familia de la sirvienta. Después, su madre se había ocupado del servicio bajo un nombre diferente. Ella conocía las propiedades curativas de las hierbas, pero temía utilizar ese conocimiento; tenía miedo de que el hijo del conde la encontrara y la asesinara, a ella y a su hija.

MI AMADO EXTRAÑO

Sí, Kimbra conocía bien el poder y la crueldad de los nobles.

Todavía se acordaba de la mirada de preocupación y miedo en la cara de su madre cuando un extraño fue a la torre defensiva de los Murray. Kimbra tenía trece años cuando murió su madre, y después de que aquello sucediera, los Murray emplearon a Kimbra como doncella para su propia hija.

Sin una dote y con un origen de carácter cuestionable, tenía pocas esperanzas de casarse, hasta que Will la vio en una reunión de familias de la zona fronteriza que se unían para disfrutar de los juegos tradicionales. Estaba sirviendo jarras de cerveza cuando vio a alguien golpeando a un caballo. Le lanzó el contenido de una jarra al culpable y Will se apresuró a ayudarla cuando el hombre se dio media vuelta para enfrentarse a ella. Minutos más tarde, él le sonrió y le dijo que sería su esposa.

Ella sonrió ante aquel recuerdo. Él había desafiado a su familia para hacer que ocurriera. Incluso se había enfrentado a sus propias reservas. Aunque no era un noble, era el primo del cabeza de la familia Charlton, lo cual era demasiado para una doncella.

Cuando la carreta se detuvo, el sonido de gemidos y gritos le borró la sonrisa de la cara. El hedor se hizo más denso. Ella conocía el olor de la sangre, pero tanto fluido de hombres y caballos entumecía sus sentidos. Figuras que parecían fantasmas bajo la niebla se tambaleaban de un cuerpo caído a otro. La tierra estaba cubierta por ellos.

Cedric cabalgó hacia ellas y les pasó a cada una de las mujeres un gran saco y una antorcha.

—Coged las joyas y las armas —les ordenó—. También podéis coger botas o algo de ropa. El comandante inglés ha ordenado que asesinen a todos los escoceses. Si encontráis vivo a alguien, llamad a uno de los hombres. —Miró hacia ella—. A no ser que queráis acabar con ellos vosotras mismas.

PATRICIA POTTER

Ella hizo caso omiso de la burla. A él siempre le había molestado su presencia en los asaltos.

Su mano se escurrió dentro del áspero manto que llevaba y sintió la daga que guardaba, junto con la botella de agua.

Cogió una de las bolsas. Cedric fue detrás de ella.

Ella se dio la vuelta.

—Me gustaría hacer esto por mí misma.

—Debo protegerte. Puede que todavía quede alguien vivo.

—Puedes ir a proteger a las otras. Yo no necesito ayuda. Puedo utilizar mi daga tan bien como lo haría un hombre.

—No deberías tener que hacerlo. Necesitas un hombre.

—Tenía un hombre. No deseo otro.

Volvió a girarse y caminó hasta alejarse de los demás. Lo que estaba haciendo era una acción miserable, y le resultaría más fácil si lo hacía sola. En realidad, Cedric le daba escalofríos. Se las había arreglado para evadir sus intenciones hasta aquel momento, pero estaba empezando a ser más y más insistente por momentos.

Ni siquiera quería unirse a las otras mujeres. No había gloria alguna en lo que estaban haciendo y no quería escuchar ninguna charla nerviosa, o peor, la emoción que tenían algunas por encontrar lo inesperado. Sabía que le permitirían quedarse una cosa o dos, pero ella pretendía quedarse con la mayoría de cosas que recogiera. Podía venderlas si tenía que irse en algún momento.

Las antorchas despleaban un resplandor entre el campo de muertos. Los cuerpos se extendían en un gran número de posturas y la tierra estaba manchada de sangre. Se movió con rapidez entre los caídos, buscando anillos, cinturones adornados con joyas, una cota de malla... Cualquier cosa que fuera de valor.

Había escuchado que el rey escocés había sido asesinado. No estaba segura de si su cuerpo ya había sido desvalijado

de cualquier cosa de valor, pero quizá aquellos que lo rodeaban también poseyeran artículos preciados.

Escuchó un gemido y se dio la vuelta. «Un inglés». Se inclinó sobre él y al ver su herida supo que no podría hacer nada, excepto ofrecerle algo de agua de la jarra que llevaba con ella. Él le dio las gracias con los ojos y después murió.

Ella se sentó a su lado durante un momento y sintió cómo las cálidas lágrimas empezaban a concentrarse detrás de sus ojos. Pero luchó por contenerlas. No podía permitírselo.

Kimbra se puso de pie otra vez y empezó de nuevo con su búsqueda. Parecía quedar poco. Otras personas habían estado ya allí y habían desvalijado a la mayoría de los cuerpos. Tuvo que mirar debajo de los cuerpos por si quedaba algún objeto que no hubiera sido visto. Encontró dos anillos, y varias dagas. Cada vez que cogía algo de un cuerpo pronunciaba una oración por ellos. Quizá aquello ayudara a mitigar su culpa, a encontrar algo de perdón por lo que estaba haciendo.

Kimbra avanzó e ignoró el hedor de los muertos, la sensación de espíritus moviéndose a su alrededor. Se detuvo, se inclinó contra un árbol e intentó respirar otra vez con normalidad.

Una figura oscura se abalanzó sobre ella y le arrebató la bolsa. Ella salió corriendo detrás del ladrón que se llevaba su trabajo de la noche. Kimbra era más rápida y consiguió agarrarse a la chaqueta del ladrón, darle la vuelta y recuperar su saco.

Esperaba encontrar a un hombre, pero en lugar de eso vio la delgada cara de una mujer. No la conocía, pero había algo en ella que le resultaba familiar. La desesperación. Y un terrible miedo.

La mujer se dio la vuelta para huir.

—¡Espera! —le ordenó Kimbra.

La mujer se detuvo y se dio la vuelta.

Kimbra metió la mano en el saco y cogió un anillo.

PATRICIA POTTER

—Toma esto —le dijo—. Negocia su precio con inteligencia.
La mujer la miraba atentamente.

—¿Por qué? —le dijo.

—Parece que lo necesitas más que yo —dijo Kimbra simplemente.

La mujer seguía mirándola, después hizo una breve reverencia.

—Mi nombre es Mary Armstrong —dijo ella—. No pretendo hacerle daño, pero mi madre murió aquí, y no tengo nada para mis hijos.

Una Armstrong. Un miembro de la familia que asesinó a su marido. A pesar de ello, aquella mujer era como ella. Hacía lo que debía por sus hijos.

—Vete, Mary —dijo Kimbra—. Vete antes de que alguien te quite eso.

—Gracias, señora. —La mujer se dio la vuelta y echó a correr.

Kimbra observó cómo se iba y después se dio la vuelta para continuar con su tarea. El hedor, los cuerpos y la tristeza la abrumaron. Se inclinó y le entraron arcadas. Se quedó allí de rodillas, bajo la neblina, entre los cadáveres. Se acordó de Will y de todas las mujeres que aguardaban a sus esposos.

Un lamento fúnebre aullaba sobre el campo. Una esposa que había encontrado a su marido.

«Que Dios les ayude».

Se esforzó por ponerse de pie y renovar su búsqueda. Si no cogía lo que había allí, alguien más lo haría. Aceleró el ritmo de sus pasos. Los primeros rayos del amanecer iluminaban el cielo. Le resultaría más fácil hacerlo en aquel momento que bajo el manto de la noche.

Se disponía a darse la vuelta cuando su mirada detectó el más ligero de los movimientos detrás de un grupo de árboles que no estaba muy lejos de ella. No estaba segura de lo que había visto y estaba a punto de irse cuando un gemido apenas audible llegó de aquella dirección. Arrancó la daga de su cinturón y se dirigió hacia el lugar de donde procedía el sonido.

MI AMADO EXTRAÑO

Un hombre estaba tumbado inmóvil, su cuerpo casi completamente cubierto por un matorral espeso. Estaba claro que había escapado a la atención de previos asaltantes, ya que todavía estaba ataviado con una elegante manta escocesa y la parte superior de su cuerpo estaba cubierta por una cota de malla. Tenía las piernas desnudas excepto por sus botas de cuero, y ella vio la herida abierta y dentada de su pierna. Su respiración era desigual, pero todavía estaba vivo.

Y era un señor. Lo sabía por la ropa que llevaba.

Tenía heridas múltiples. A un lado de la cabeza tenía un moratón de color púrpura. Tenía varios cortes en el brazo y le habían desgarrado la pierna con algún tipo de arma.

Aunque, al parecer, se había arrastrado hacia aquel lugar, lejos de los soldados y animales carroñeros que iban de hombre a hombre para asestar sus golpes finales.

Él abrió los ojos y ella se dio cuenta de que eran de color azul. Inyectados en sangre. Nublados por el dolor y el sufrimiento.

—Agua —le susurró—. Por favor.

Ella le dio la jarra. Él tragó con avidez varios sorbos.

Kimbra escuchó su nombre desde la distancia. Miró a los ojos que la observaban con gratitud. «Un escocés».

Los escoceses eran enemigos de su país.

Ella sabía cuál era su deber. Sabía que debía llamar a Cedric o a uno de los otros. Su deber era acabar con la vida de aquel hombre.

Pero no era capaz de hacerlo. Ni tampoco era capaz de llamar a cualquier otra persona para que acabara con su vida.

Se dijo a sí misma que lo más probable sería que muriera en cualquier momento.

—Gracias —murmuró. Después cerró los ojos.

«¿Qué he de hacer?».

Miró la pierna del hombre, que había sido desgarrada por una espada. Había dejado de sangrar, pero probablemente volvería a hacerlo si aquel hombre se movía.

PATRICIA POTTER

De repente, tomó una decisión. Le quitó el casco de la cabeza y después la malla. Ambas piezas atraerían rápidamente la atención. Bajo la malla encontró un blasón adornado con joyas, y lo deslizó dentro del cuerpo de su vestido. Después dejó su jarra a su lado. La encontraría cuando recobrarla la consciencia.

Le cubrió con hojas y maleza. Quizá sobreviviría al día siguiente. Después, podría regresar con Magnus y llevárselo a su casa de campo. Quizá fuera un gran señor y se lo agradeciera. Quizá fuera su salida para escapar de los Charlton.

«Si conseguía vivir».

—¡Kimbra!

Se sobresaltó al escuchar su nombre.

«Cedric». Y no estaba muy lejos.

El corazón le latía con fuerza. No podía encontrar al escocés.

Terminó de cubrirle, sabiendo que solo Dios podría salvarle hasta el día siguiente. Ella no podría volver hasta la noche, y tendría que regresar pronto.

Se inclinó hacia abajo.

—Quédese quieto. Volveré —le susurró—. Esta noche. En algún momento de esta noche.

Después, le cubrió lo que le quedaba de cara con hojas y se puso de pie.

—¡Kimbra!

La voz estaba más cerca. Agarró su saco, la malla y el casco, después caminó rápidamente hacia su derecha y atravesó varios árboles antes de responderle. Cedric estaría satisfecho con la malla. Incluso ella podía ver que estaba hecha con el más elegante de los metales.

—Estoy aquí.

—¿Dónde has estado?

Ella sostuvo en el aire la malla.

—Mira lo que he encontrado.

Él la miró con los ojos entrecerrados, después tendió la mano para coger la cota de malla.

Pero ella la acercó a su cuerpo.

—Es mía.

—No, *milady* —dijo él con ironía—. Es propiedad de Charlton.

—Tú también deberías recodar eso. No será tuya.

Él hizo una mueca de mofa y se dio la vuelta.

—Ten cuidado, Kimbra. Le he pedido tu mano a Charlton, y él parece favorecer mis decisiones.

—No te creo.

—Él quiere que te cases. —Sus ojos la atravesaban—. La carreta va a salir. A no ser que deseas cabalgar conmigo.

Kimbra no quería. Se aferró a la cota de malla incluso mientras anudaba el saco alrededor de su mano y lo levantaba hacia su hombro, después se abrió camino entre los cuerpos. Sabía que nunca sería capaz de olvidarse de aquel hedor.

También sabía que regresaría por la noche.

Se preguntaba si el escocés estaría aún vivo para entonces.

También se preguntaba por qué razón le importaba lo suficiente como para arriesgar su propia vida.

Solo sabía que debía hacerlo. Aquel hombre había intentado sobrevivir desesperadamente. Y si ella podía salvar aunque fuera una vida en aquel mar de muerte, quizá Dios perdonaría el resto de sus pecados.